

respeto, porque solamente estos hombres merecen que les entreguemos nuestra parcela de intimidad. No los feriantes, los buhoneros, los demagogos, los calumniadores, los viles impostores que tienen dos máscaras: una para presentarla en sociedad, y, la otra, la terrible, la faunesca, para su mundo personal donde sueltan todas sus viborillas, y son exactamente ellos mismos, porque no fingen, se dan en su vileza, en sus vicios, en sus secretas miserias.

Don Agustín Nieto Caballero es paradigma de la República. Ama la nacionalidad profunda y cierta. No lo veremos nunca en conciliábulos de aquellos donde los demagogos, los truhanes, los mendicantes de la politiquería hacen sus presupuestos estériles. Siempre anda en la búsqueda de la cultura, en todo aquello donde palpita lo mejor del hombre, en las manifestaciones intemporales, que tienen su límite con la eternidad. Como educador comprende que solamente la formación de hombres cultos ha de salvar a la nación. Que no hay derecho a justificarse mediante la ignominia y el veneno de la calumnia. Que se es cristiano o sencillamente un puerco gobernado por la parte oscura del animal. O criaturas de Dios en busca del perfeccionamiento, o simplemente el anti-hombre que reniega de su naturaleza divina para revolcarse y refocilarse en el establo.

Nosotros nos hemos honrado largamente con la amistad y el ejemplo de este maestro por antonomasia. Llega a la colina inspirada de los 80 años juvenil, cordial, chispeante de gracia, rico en conocimientos y siempre desvelado por Colombia. Su "nutrición moral" compartida con sus discípulos, a todos nos alumbraba. Y naturalmente tendemos las manos ávidas hacia esa luz que ha servido para indicarle el camino a muchas generaciones que él, sin escatimar nada, ha abroquelado con su escudo de gladiador de la inteligencia.



El Profesor Carlos J. Medellín

Se ha ido en silencio. Como silencioso fue su tragar, su enseñar, su adoctrinar. Discípulos suyos en el Externado de Colombia, de sus enseñanzas nos quedan lecciones inolvidables. No solamente el viaje a pie por las vías romanas, por la Roma antigua, sino también el amor por el pasado cuando es dinámico y fluye de él un raudal de experiencias. Su cátedra era magistral. Sin tumultuosa algarabía, como un manantial que corre por frescas laderas. Los antiguos juristas romanos acudían a sus labios con sus togas del Foro y su palabra elocuente. Roma fue la juridicidad, el camino de un imperio alumbrado por leyes y conceptos auténticos sobre la persona humana, la sociedad, la manera de comportarnos para que exista un lazo efectivo entre quienes pertenecen a la muchedumbre de los pueblos del orbe civilizado. El catedrático Carlos J. Medellín, además de conocer todos los secretos del Derecho Romano, era una alma pura. Jamás le oímos una mala palabra, una sucia imprecación, un tono difamatorio. Porque la cátedra le había servido para ejercitar los dones del Espíritu Santo. Recordamos esos días del Externado de Derecho. A las siete de la mañana dictaba su clase. Los muchachos tiritábamos como conejos atrapados en una mochila. Pobres estudiantes raídos, llegados de la Provincia en busca de El Dorado que consistía en doctorarse en leyes.

El profesor Medellín enseñaba con voz suave, timbre de esquila, sin apresurarse, sin borbotar palabras, sin sumideros desesperantes para el pobre estudiante. Era una gloria asistir a su clase. Otros profesores eran severos, agri-dulces, solemnes como paraguas elegiacos. El doctor Medellín era lo humano, lo comprensible, la gran levadura humana.

Hasta última hora dictó su cátedra de Derecho Romano. Papiniano, Justiniano, los autores de "Las Pandectas", los buenos latinistas de Roma imperial lo habrán recibido con amor a su llegada al Paraíso a continuar el diálogo que en la tierra mantuvo con sus inúmeros discípulos.

Bien sabe Carlos Medellín, su brillante hijo, que su pena la compartimos en igual forma. Cuando se ha dado un dorado pan de sabiduría a la juventud, hijos de la carne e hijos del espíritu nos confundimos en las mismas lágrimas en horas acerbas.